

Reseña/Review (Kucharski, Adam, ‘Las reglas del contagio. Cómo surgen, se propagan y desaparecen las epidemias’, Madrid, Capitán Swing, ISBN: 978-8412197952, 342 págs., 2020)



Un punto fuerte del último libro de Adam Kucharski es el *timing*, aunque sea de forma involuntaria. Y es que este ensayo, que trata sobre virus, contagios y epidemias, se desarrolló antes de que sospecháramos siquiera la posible llegada del coronavirus a Europa. La traducción aterrizó luego rápidamente a nuestro país, en pleno verano del

año en el que todos aprendimos qué hacen los epidemiólogos. Por tanto, fuimos muchos quienes cargamos con él en la maleta, destino al lugar donde decidimos disfrutar de una tranquilidad que, en esta ocasión, nos venía en parte impuesta. Como podemos comprobar fácilmente en redes sociales, otros tantos y tantas siguen a día de hoy decantándose por esta edición de entre todas las disponibles en el atractivo catálogo de Capitán Swing y otras editoriales. No obstante, aunque somos muchos quienes lo hemos abordado, la mayoría coincidimos en que el *timing* no es su única virtud.

Pero voy a dejar las loas para el final. Antes quisiera plantear algunas críticas de forma y de fondo. En cuanto a la primera dimensión, ocurre que a lo largo de sus páginas te encuentras con ideas y conceptos que se repiten a menudo. Esto no es malo en sí mismo y más en un ensayo divulgativo, ya que en ocasiones conviene hacerlo para que el lector sea capaz de interiorizarlos. Sin embargo, a veces da la impresión de que se trata de conceptos e ideas que podrían bailar fácilmente de una sección a otra de forma indistinta, contenidos en capítulos que, por otra parte, no terminan de resultar del todo homogéneos y estancos. Como resultado, uno puede llegar a tener la sensación de que no hay una estructura y un hilo conductor claros. En cualquier caso, considero esta una crítica menor: la cantidad de aprendizajes y lecciones contenidas en sus más de trescientas páginas compensan holgadamente esta pequeña limitación.

La crítica de fondo, en cambio, es más sustantiva. Este es, fundamentalmente, un libro sobre epidemias y analogías. De epidemias, virus y contagios con numerosos problemas sociales, económicos y de salud con los que aparentemente no guardan relación alguna: la obesidad, el tabaquismo, la violencia, el consumo de drogas, la propagación de bulos, noticias e información a través de Internet, el uso de *bots* y de las redes sociales, los contagios financieros, el contagio social, los estudios

genéticos, etc. Como se esfuerza en demostrar el autor, la forma que adquieren en ocasiones estos fenómenos se parece mucho a la forma como se desarrollan y expanden los virus y las epidemias. Estas comparaciones son sin duda interesantes, aunque en algunos momentos me parecen un poco forzadas. Además, creo que generan un atractivo que no está exento de riesgos. A continuación, trataré de explicar por qué.

Una crítica de fondo: de la forma que adoptan los contagios al por qué surgen los contagios

Para ilustrar esta crítica me sirvo del ejemplo tratado en el cuarto capítulo. Es cierto que los brotes de violencia, en ocasiones, surgen a partir de un primer caso que desencadena una escalada de sucesos, hasta llegar a un punto de inflexión a partir del cual el fenómeno empieza a remitir. Sin embargo, esta forma de propagación de los eventos, habitual en virus y epidemias, no se debe a que la violencia se transmita de unas personas a otras, como sugiere el autor, sino a que las causas de este y otros problemas se localizan en momentos y lugares concretos.

Tratemos de visualizar esta idea enmarcándola en un debate de actualidad: los disturbios que han surgido este año en muchas ciudades estadounidenses a raíz de la publicación de las imágenes del asesinato de George Floyd, ciudadano afroamericano, por parte de la policía. La viralización del vídeo actuó a modo de detonante, pero la extensión de los disturbios no se debe a que la actitud contestataria se propagara de unas personas a otras a través del contacto, sino a que muchas personas, desde lugares distintos, respondieron al disponer de la información y las condiciones ambientales necesarias ante una misma realidad social que percibían como injusta. Dicho de otro modo, lo que provocó que se multiplicara el número de movilizaciones no fue la propagación de un virus contestatario que se contagia, sino unas condiciones económicas y sociales determinadas: la existencia de segregación étnica y de desventajas sociales y económicas persistentes, combinada con la percepción de que la policía goza de cierta impunidad frente a ellos.

Frente a esta u otras realidades tan poliédricas, cuando un análisis se centra en el examen de la forma como se desarrolla el fenómeno en cuestión lo que hará es ofrecernos un diagnóstico en exceso superficial, centrado en el ritmo y la forma de propagación de los eventos, y que ignora lo realmente importante: las causas y los

mecanismos que explican el surgimiento de los problemas sociales, económicos o de salud. De hecho, un mismo resultado o dinámica de eventos puede estar provocado por mecanismos causales muy diferentes, lo que alerta de la escasa capacidad explicativa de los análisis centrados únicamente en los patrones.

Queda claro, llegados a este punto, que el enfoque que utilizamos para analizar los problemas determina la forma de interpretarlos. En esta ocasión, a pesar de lo sofisticado que parezca el autor, considero que cuenta con unas limitaciones importantes: se centra en la forma y no el fondo —las causas estructurales— de los procesos sometidos a análisis. Esta perspectiva parece adecuada para generar conclusiones y titulares llamativos, ya que pone de relieve la existencia de similitudes entre fenómenos de naturaleza muy distinta. Así, por ejemplo, nos invita a anunciar que la violencia o la obesidad se expanden como un virus. Lo relevante es que esas similitudes son tan genéricas y nos dicen tan poco sobre las características intrínsecas y la naturaleza de cada proceso, actitud o comportamiento que, en realidad, en la mayor parte de los casos carecen de una capacidad explicativa que exceda lo meramente anecdótico.

Por tanto, ese interés por homogeneizar promueve la creación de cajas negras que impiden mirar hacia la parte que más nos debería interesar como investigadores: las causas y mecanismos que explican por qué tienden a aparecer algunas actitudes y problemas en lugares y momentos concretos. Esos esfuerzos por analizar los contornos de la realidad no resultarían problemáticos si se utilizaran para ofrecer un ángulo complementario con el que completar la panorámica que tenemos sobre nuestro objeto de estudio. No obstante, ese enfoque tiende a desplazar el foco de las causas estructurales que originan los problemas, ignorando y dejando al margen gran parte del conocimiento acumulado en algunos campos de estudio. Unas disciplinas que, por otra parte, han demostrado que existe una relación positiva entre la incidencia de la desigualdad y la pobreza y la probabilidad de que ocurran episodios delictivos y violentos, así como de que un mayor porcentaje de la población sea obesa o de que se desarrollen otros problemas sociales y de salud. Es por eso por lo que estos conflictos son más frecuentes en Chicago o São Paulo que en Estocolmo o Berlín.

A pesar de que la crítica que vierto se sustenta en acuerdos de mínimos consensuados hace tiempo en algunas disciplinas, entiendo que el éxito de la propuesta del libro puede explicarse gracias a una de las principales lecciones que nos ofreció Kahneman (2012): que el cerebro humano muestra una preferencia por las analogías y similitudes frente al pensamiento racional y estadístico a la hora de interpretar la realidad. Teniendo en cuenta esto, no es de extrañar que el planteamiento de que fenómenos de muy diversa naturaleza se desarrollan y expanden de forma similar a como lo hace un virus genere un enorme atractivo. Lo más importante, sin embargo, es que sigue tratándose de una estrategia poco útil para arrojar luz sobre las causas que explican por qué determinados comportamientos o actitudes surgen en momentos y lugares concretos. Al contrario, aparte de ayudarnos a visualizar algunas similitudes relaciona-

das con la forma como se desarrollan eventos de todo tipo, el uso de analogías tiene una aplicabilidad limitada y puede resultar engañoso. Al dedicar nuestros esfuerzos a tratar de homogeneizar, explicando e interpretando tantos fenómenos con una misma óptica, nos estamos colocando un velo que nos impide entender las causas profundas de una serie de cuestiones que cuentan con numerosas particularidades y matices. Es por eso que creo que, en ocasiones, un exceso de ambición puede terminar produciendo tantas sombras como luces.

Todo esto sorprende aún más si tenemos en cuenta que la primera invitación para superar esta clase de enfoques la realiza el propio Kucharski en el primer capítulo, cuando resalta que las mayores aportaciones al campo de la epidemiología las trajeron figuras como la de Ronald Ross. Un científico que se hizo célebre por pasar de emplear un enfoque meramente descriptivo al estudiar la enfermedad de la malaria. Gracias a estas innovaciones y al uso de experimentos y modelos matemáticos sencillos, llegó a descubrir que la malaria se transmitía por la picadura de mosquitos y no por el agua, como se creía hasta entonces. Sorprende por tanto que tras hablarnos de las bondades de esta nueva estrategia trate, en los capítulos posteriores, de arrojar luz sobre otros temas haciendo caso omiso de esa primera lección al volver a adoptar otra centrada fundamentalmente en la identificación de patrones y formas.

Volviendo a la cuestión de fondo: el enfoque de los determinantes sociales

A pesar de todo lo dicho anteriormente estoy de acuerdo en que la perspectiva que adopta Kucharski supone un avance frente a otros enfoques, más conservadores, como los que ponían el acento en que las causas de los problemas sociales están en el individuo. Así, como han sostenido muchas personas a lo largo de la historia, la violencia existiría simplemente porque hay gente mala; la obesidad u otros problemas sociales porque hay gente menos válida o que se esfuerza menos, etc. El enfoque que adopta Kucharski, en cambio, sería menos reduccionista al poner el acento en la naturaleza social de los problemas, ya que, como demuestra, dependen de la interacción de unos con otros.

Aunque estoy de acuerdo en que esto supone un paso adelante, considero que el autor se encuentra todavía en un escalón intermedio y sigue pecando de reduccionista. Al igual que este cambio de perspectiva supuso un movimiento al frente, en determinadas disciplinas hace tiempo ya que se dio otro paso más, poniendo el enfoque en los determinantes sociales en el centro del tablero. Este otro ángulo ayuda a entender que la violencia, la obesidad, el tabaquismo y otros tantos problemas socioeconómicos y de salud no se extienden porque se transmitan de unas personas a otras como si fuera un virus que podemos portar, sino que surgen, tienden a concentrarse en el espacio y el tiempo, y a propagarse entre semejantes porque responden a unos mismos determinantes sociales, económicos y culturales. Pensar que los problemas sociales se transmiten como infecciones, en vez de plan-

tearlos como circunstancias ligadas a una serie de condiciones y determinantes, parece una idea tan atrevida y arcaica como aquella que sugiere que las enfermedades eran causadas por los malos aires. Sin embargo, entiendo que debe ser complicado superar esa visión cuando a la hora de tratar cuestiones tan complejas se adopta de forma recurrente un enfoque centrado sobre todo en la forma como se transmiten los problemas.

Traté anteriormente de ilustrar la importancia de los determinantes sociales con el ejemplo de los disturbios, pero es quizá más fácil verlo si observamos algunas circunstancias del día a día: quien tiene dificultades para llegar a fin de mes es más probable que tenga unos hábitos alimentarios poco saludables, ya que los productos sanos y de calidad son más caros que el resto; a quien debe llevar a cabo día a día un sobreesfuerzo cognitivo para gestionar los apuros y las necesidades de toda una familia le queda menos capacidad y tiempo disponibles para llevar a cabo buenas inversiones al medio y corto plazo y, en cambio, será más proclive al consumo de bienes que satisfagan sus deseos más inmediatos. Por último, otro ejemplo extremo y llamativo de la importancia de los determinantes sociales lo muestra el efecto Glasgow: las diferencias en la esperanza de vida existentes entre barrios de una misma ciudad –que alcanza hasta 28 años en la ciudad escocesa– y que son achacables a los estándares de vida y al acceso diferencial a recursos y servicios públicos en las diferentes zonas. En el caso de Barcelona esa diferencia llegaría a ser de 12 años para los hombres y 9,4 para las mujeres (Bilal et al. 2019).

Lo relevante, en cualquier caso, es que este cambio de perspectiva implica un cambio en la lógica causal que muchos establecen habitualmente: no es que el

pobre haya llegado a esa situación porque toma malas decisiones, sino que a menudo toma decisiones que pueden parecer inadecuadas o ineficientes precisamente porque es pobre y está constreñido por unas circunstancias muy complejas y limitantes, como demostraron de forma magistral Mullainathan y Shafir (2013). Dicho de otro modo: las circunstancias, los medios y las oportunidades con que cuenta la gente son clave a la hora de explicar por qué actuamos de un modo u otro. Algo evidente y soportado ampliamente por la evidencia, y que la tesis principal de este libro coloca al margen del debate.

Un libro muy recomendable, a pesar de todo

Las virtudes del libro son varias aparte de las mencionadas. El libro trata un tema interesante y de rabiosa actualidad en un texto que, además, está escrito de forma clara y sencilla. Todos los capítulos están bien documentados y contienen numerosas lecciones, anécdotas y curiosidades, por lo que suscita el interés del menos despierto. Interesará especialmente a quienes quieran aprender sobre epidemias y virus, medicina antigua y moderna, el modo como se propagan los bulos y la información a través de redes sociales, y muchos otros fenómenos que ya he mencionado. Pero es, en definitiva, un libro que se presta fácilmente al subrayado y el marcado de páginas, lo que significa que cumple exitosamente con uno de los propósitos de cualquier ensayo: el de ser capaces de estimular el debate. Solo, y ni más ni menos que por eso, merece mucho la pena. Si no no le habría dedicado tanto tiempo y tantas palabras.

Referencias

- Bilal, U., M. Cainzos-Achirica, M. Cleries, S. Santaegùnia, X. Corbella, J. Comin-Colet y E. Vela (2019). “Socioeconomic status, life expectancy and mortality in a universal healthcare setting: An individual-level analysis of >6 million Catalan residents”. *Preventive Medicine*, 123, 91-94.
- Kahneman, D. (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Barcelona: Debate.
- Mullainathan, S. y Shafir, E. (2013). *Scarcity: Why having too little means so much*. Londres: Penguin Books.

Sergio Torrejón Pérez
Universidad Complutense de Madrid
E-mail: sergio.torregon.perez@gmail.com
<http://orcid.org/0000-0001-8623-856X>